



MIŁOSZ

ELYTIS

KAWABATA

MORRISON

CELA

HEANEY

MAHFOUZ

NAIPAUL

BÖLL

SZYMBORSKA

BRODSKY



# DISCURSOS PREMIOS NOBEL TOMO II

INTRODUCCIÓN: JOSÉ CHALARCA

El segundo tomo de los discursos de los Premios Nobel de literatura, autorizado por la Academia Sueca, profundiza el territorio de lo sensible y propone significativas reflexiones sobre nuestro devenir. Las lúcidas palabras leídas por los deslumbrantes autores que han obtenido la más alta distinción de la literatura, son un verdadero legado poético de nuestro tiempo y una aguda indagación sobre la experiencia creativa. Los once autores aquí seleccionados, provenientes de distintas latitudes, culturas e idiomas, se suman a los publicados anteriormente que ya pertenecen al universo de lo imprescindible. La resistencia de la memoria propuesta por Czeslaw Milosz, la conciencia solar soñada por Odiseas Elytis, el signo fraterno que debe originar nuestro porvenir buscado por Seamus Heaney, la conspiración contra el silencio promulgada por Joseph Brodsky, y el arduo combate para que el lenguaje se libere de sus cárceles emprendido por Toni Morrison, son algunos de los rumbos transitados en estas páginas, en búsqueda de una necesaria oportunidad para lo humano. Las palabras deben ser despertadas por el lector si queremos que la imaginación se oponga a los apocalipsis. Es tiempo de asumir este riesgo esencial. Este Tomo 2 contiene los discursos de: Czeslaw Milosz, Odiseas Elytis, Yasunari Kawabata, Toni Morrison, Camilo José Cela, Seamus Heaney, Naguib Mahfouz, V.S. Naipaul, Heinrich Böll, Wislawa Szymborska, Joseph Brodsky

Discursos  
premios  
Nobel

José Chalarca & Czeslaw Milosz & Odiseas Elytis & Yasunari  
Kawabata & Toni Morrison & Camilo José Cela & Seamus  
Heaney & Naguib Mahfouz & V. S. Naipaul & Heinrich Böll &  
Wisława Szymborska & Joseph Brodsky

---

CZESLAW MILOSZ — ODISEAS ELYTIS —  
YASUNARI KAWABATA — TONI MORRISON  
— CAMILO JOSÉ CELA — SEAMUS HEA-  
NEY — NAGUIB MAHFOUZ — V. S. NAI-  
PUL — HEINRICH BÖLL — WISŁAWA  
SZYMBORSKA — JOSEPH BRODSKY

---

## Para conjurar el silencio

Por José Chalarca

Los once textos que conforman este segundo volumen de Discursos de los Premios Nobel de Literatura, nos brindan la oportunidad de aproximarnos al misterio de la creación poética y al no menos portentoso fenómeno de poetizar en la segunda mitad del Siglo XX, en que las fuerzas falsamente luminosas de la tecnología y la informática, buscan artatamente la aniquilación de la intimidad, la claudicación de la fantasía, el destierro de la imaginación y la anulación de la sensibilidad.

Cada pieza de esta oratoria que rescata el género de la torva servidumbre que le han impuesto los políticos, está integrada por páginas magistrales en las que los poetas coronados desgarran su entraña, para hacer aflorar las fuentes que nutren su decir o lo que pretende su verbo, o describir las piezas de su engranaje, o su primera causa o su última razón de ser.

Milosz, cuyo discurso da inicio a este volumen, nos dice desde la cabalgadura de un libro de infancia, que la esencia de la poesía es ver y describir. Pero no un ver y describir cualquiera para lo que están las cámaras fotográficas y de video, sino un ver creador con el que el poeta descifra los mensajes que emite lo visto, los interioriza, los elabora y los devuelve en la descripción como nuevos seres maravillosos, contruidos con porciones de su corazón y arropados con el manto que ornán las piedras preciosas de su fantasía y el oro generoso de su sensibilidad.

Para Elytis en un mundo donde la economía ha extraviado sus rumbos y convertido a hombres y pueblos en cifras que acrecen hasta el delirio los ingresos de los ricos, la poesía es: *el único lugar donde el poder de los números no significa nada.*

Kawabata desde la galaxia del budismo Zen y con la evocación de los poetas que le antecedieron, nos muestra los ricos matices de la sensibilidad oriental, de tan difícil acceso para quienes educaron su percepción en los cánones de la estética greco-judío-cristiana.

Toni Morrison nos hace escuchar su voz modulada en los confines de la ínsula penitenciaria de la doble marginalidad que le infringen el sexo y la raza, para decirnos cómo ha colocado el techo de una torre de palabras que habían empezado a construir otros dos grandes poetas negros: Richard Wright y James Baldwin, este último igualmente objeto de doble marginación por su condición homosexual.

En el discurso de Morrison campea un profundo y genuino aliento poético. En un momento luminoso la anciana invidente de la fábula que le da estructura, acicateada por la voluntad de confundirla que esgrimen amenazadoramente sus jóvenes visitantes, elabora la sentencia que le permite salir airosa del paso: *El trabajo-de-la-palabra, es sublime porque es generativo, produce el significado que garantiza nuestra discrepancia —la manera en la cual somos como ninguna otra forma de vida.*

El texto de Camilo José Cela se apoya confiadamente en el Cratilo de Platón y apunta a develar el papel de la fábula en la aventura del Homo Sapiens sobre la faz de la Tierra, movido por el empeño inútil de ser lo que no es: un dios. Los hombres en la prosecución de este absurdo, han extraviado sus caminos e incurrido en todo género de tropelías y deslumbrados por el fuego fatuo de esta quimera, no han podido percatarse de que los dioses son la negación más aberrante de la condición humana.

Seamus Heaney como Milosz apuntala su disertación para honrar la poesía en paisajes de infancia, en memorias de cuartos y evocaciones de colores, olores y sabores de hogar.

Su vida ha transcurrido en medio del conflicto que enfrentan en su querida Irlanda los católicos y los protestantes, que hasta hace poco inundó de sangre las calles de sus pueblos y vistió de luto a gentes de todas las edades. Ilustra el horror de la violencia desbordada en una escena que no me atrevo a describir para no privar de antemano al lector de su impacto catártico. Ante el hecho de la paz alcanzada Heaney exclama conmovido: *A veces es difícil no pensar que la historia instruye lo mismo que un matadero; que Tácito no mentía cuando dijo que la paz es la desolación que queda después de las operaciones decisivas realizadas por un poder inmisericorde.*

Naguib Mahfouz que recibió con el premio a su obra el reconocimiento universal a la riquísima e importante literatura en lengua árabe, presta su voz para la que están dispuestos en esa ocasión todos los oídos del mundo, al proscrito hemisferio sur en donde tiene su morada la desesperanza, pero lo hace de rodillas.

Grita que su decir lo respaldan: la civilización imperial del antiguo Egipto y los 1300 años de cultura musulmana; que su voz tiene prestancia y en su buena fe que raya con la ingenuidad, no se da cuenta que la prosapia sin riqueza es más lastimosa y patética que la falta de abolengo connatural a la pobreza.

Con la desprevenición del hombre sano que no sabe otra cosa que escribir, ajeno por completo a los turbios intrínquilis de la política, le pide a los países ricos que vuelvan sus ojos a los sufrimientos de los seres humanos, aquellos que sobreviven con penuria en el Tercer Mundo. Nadie le hará caso porque los afortunados y los poderosos necesitan de los pobres como espejo que refracte el brillo de su ri-

queza y de la distancia que los separa para dimensionar las proporciones de su poder.

Naipaul discurre desde el coto cerrado del colonialismo inglés y nos dibuja con trazo firme y rica paleta los contornos de los dos mundos que entraña esa modalidad de existencia geopolítica. Nos dice que todo él está en sus libros y que se ha construido en el tránsito por las tierras que encontró mencionadas en los documentos que investigó, para ubicar sus orígenes.

Brodsky, el poeta cuyo discurso cierra este libro, aprovechó la oportunidad de tener un auditorio universal para exponer un texto luminoso en el que propone a la poesía como la razón de ser del género humano. Escuchémosle: *En sentido antropológico, permítanme reiterar, que el ser humano es una criatura estética antes que un ser ético. Por lo tanto, no es que el arte, particularmente la literatura, sea un subproducto del desarrollo de la especie, sino justamente lo contrario. Si lo que nos distingue de los otros miembros del reino animal es el habla, entonces para decirlo francamente, la literatura es el objetivo de nuestra especie, y la poesía, en especial, porque es la forma más alta de la expresión.*

Al concluir la lectura de los textos que le dan entidad a este libro, se puede establecer una confluencia de intención y aunque son anteriores a los últimos sucesos que han conmocionado al mundo y generado en los poderosos la urgencia de establecer un nuevo orden el cual, si analizamos los nortes que dirigieron la invasión a Irak, resulta ser el mismo antiquísimo que afirma y justifica su imperio en la razón de la fuerza.

El orden que se desprende de las propuestas de los poetas que se convocan en esta obra, se afirma en la defensa del lenguaje y de su más elevada misión: la poesía. Es impostergable una exhaustiva revisión de la palabra que, tal y como lo expone Böll en su denso discurso, ha extravia-

do o perdido o prostituido o esclavizado su poder y su capacidad misma de significación.

No se puede permitir que quienes se adelantaron en proponer el nuevo orden con el aplastante argumento de misiles, bombas y metralla, sometan también el imperio soberano del decir a la jerga del inglés comercial que hoy dispone de 500 000 vocablos con los que es imposible significar lo que logró Shakespeare con una lengua que en su momento tenía apenas 20 000 palabras.

Si el lenguaje como lo dijo Heidegger es la casa *del ser* y los poetas sus guardianes, entonces ellos están en la ineludible obligación de reevaluar los contenidos del lenguaje. No pueden dejar que las palabras (libertad y redención) que pervirtieron su significación nos esclavicen. Que *felicidad* se ofrezca como genérico y se mida con la capacidad de compra. Que *dinero* y su tenencia sirva a quienes lo poseen en exceso para disfrutar hasta el hartazgo las bondades, los placeres y las prerrogativas reales del presente y para que ellos mismos vendan la idea de que la carencia, en los miles de millones que no lo tienen, les garantiza una vida eterna en un cielo que sólo alcanzan con la muerte y de cuya existencia, con ese cúmulo de delicias, nadie ha dado testimonio y ni siquiera la más simple referencia.



## Czeslaw Milosz

Fue miembro del cuerpo diplomático de Polonia, emigró a París en 1951 y luego a Estados Unidos en 1960, donde adoptó la nacionalidad americana. Tras obtener el máximo galardón de la Academia Sueca, su obra poética se comenzó a publicar en diversos idiomas. Es autor de las novelas de corte autobiográfico *El poder cambia de manos* (1953) y *El valle de Issa* (1955), y del libro *El pensamiento cautivo* (1953), una serie de ensayos donde analiza la posición ante el comunismo por parte de los intelectuales polacos. Sus primeros poemas, de estilo *neosimbolista*, fueron publicados en 1933 bajo el título *Poemas del tiempo congelado* (1933).

*Discurso traducido por Esperanza Vallejo Osorio.*

## La conspiración del silencio

Mi presencia aquí, en este podio, debería ser un argumento definitivo para quienes vindican de la vida su divina y maravillosamente compleja imprevisibilidad. Durante mi época escolar, acostumbraba a leer los libros de una colección que se publicaba en Polonia con el título de: *Biblioteca de los Premios Nobel*. Recuerdo aún el color del papel y su tipo de letra. Imaginaba entonces que los laureados con el Premio Nobel eran escritores, es decir personas que por varios años creaban extensas obras en prosa, y aun cuando supe que entre los galardonados también había poetas no cambié de idea. Por eso al publicar en 1930 mis primeros trabajos en la revista universitaria *Alma Mater Vilnensis*, yo no tenía aspiraciones a ser reconocido con el título de escritor; ni tampoco tiempo después al elegir la soledad para entregarme al extraño oficio de escribir poemas en polaco a pesar de vivir en Francia o en Norteamérica, pues traté de preservar una imagen ideal del poeta, que aunque desea alcanzar el reconocimiento, sólo anhela ser famoso en la aldea o en la ciudad que lo vio nacer.

Ciertamente uno de los autores premiados con el Nobel y a quien leí en mi infancia, ejerció una gran influencia en mi conocimiento de la poesía. Estoy hablando de Selma Lagerlöf. En *Las maravillosas aventuras de Nils*, libro que amé, el héroe sobrevuela la tierra y la contempla en la distancia, desde las *alturas*, pero es al mismo tiempo capaz de ver sus mínimos detalles; realizando una doble visión que yo desearía proponer como metáfora de la vocación del poeta. Posteriormente hallé una imagen similar en una oda latina del escritor del siglo XVII Maciej Sarbiewski, quien fue cono-

cido en toda Europa con el seudónimo de Casimiro. Fue maestro de poética en la universidad donde yo estudié. La oda que cito relata su viaje sobre Pegaso desde Vilno a Antwerp, con el propósito de visitar a sus amigos poetas. Sarmbiewski al igual que Nils en su travesía observa ríos, lagos, bosques, es decir, la geografía íntegra del paisaje que se extiende abajo, distante y concreta a la vez. Estas visiones a mi modo de ver, serían según lo he planteado, los dos atributos del poeta: la ansiedad de la contemplación y el deseo de describir lo que ve. Y, además, aquel que como yo considera que la poesía es *ver* y *describir*, debe saber entonces que librará una difícil batalla contra la modernidad, fascinada por las diversas teorías de un específico lenguaje poético.

Todo poeta depende en gran medida de las generaciones anteriores que escribieron en su lengua materna; es heredero del estilo y la forma que elaboraron aquellos que lo precedieron. Así mismo, sospecha que las formas tradicionales de expresión no colman todas las expectativas de su propia experiencia, y si por algún motivo se somete a ellas, escucha un llamado interior que denuncia sus máscaras. Pero si en forma inversa se rebela, sufre sucesivamente la influencia de los diversos movimientos vanguardistas contemporáneos. Y así, basta con la publicación de su primer poemario para que comprenda la ardua trampa que le han tendido. Porque aunque no se haya secado la tinta de esa obra que él creía única, se la muestran envilecida por el estilo de otro. Entonces la única estrategia que le queda para calmar esa oscura culpabilidad, es seguir su búsqueda publicando posteriormente un segundo libro que aumentará su desolación, y lo condenará a emprender una y otra vez esa cacería interminable. Es posible que al ir dejando tras de sí libros como pieles secas de serpiente, en una fuga constante de aquello que hizo en el pasado, este poeta reciba el Premio Nobel.

¿Cuál es ese enigmático impulso que no lo deja asentarse en lo realizado, en lo finalizado? Yo pienso que es la búsqueda de la realidad. Y le doy a esta palabra su sentido ingenuo y solemne, que nada tiene que ver con los debates filosóficos de los últimos siglos. Esta realidad es la Tierra que observa Nils volando sobre su ganso y también la que contempla el autor de la oda latina desde Pegaso. Pues indudablemente esta Tierra existe y ninguna descripción podrá extinguir sus riquezas. Aquella afirmación implica la negación anticipada de una pregunta muy frecuente: ¿Qué es la realidad?, interrogación semejante a la que hace siglos propusiera Poncio Pilatos: ¿Qué es la verdad? Si entre las dualidades que utilizamos asiduamente, la oposición vida y muerte tiene tanta importancia, no menos valor debería darse a las contradicciones verdad y mentira, realidad e ilusión.

## II

Simone Weil, con cuyos escritos estaré siempre en deuda, dice: *la distancia es el alma de la belleza*. No obstante, mantenerse a distancia es casi imposible. Yo soy *Un hijo de Europa*, como lo afirmo en uno de mis poemas, pero sé que es una amarga y sarcástica afirmación. Escribí también un libro autobiográfico titulado: *Otra Europa*, porque en verdad existen dos Europas, y nosotros habitantes de la segunda, fuimos destinados a descender *al corazón de las tinieblas del siglo XX*. Yo no sabría cómo hablar de poesía en forma generalizada. Lo haré entonces relacionándola con las circunstancias específicas a un tiempo y un lugar. Hoy, desde una perspectiva más amplia, podemos distinguir los rasgos precisos de los acontecimientos que por su furia rebasaron los desastres naturales que conocemos, aunque en su momento la poesía, tanto la mía como la de mis contem-

poráneos, con un estilo tradicional o de vanguardia, no estaba equiparada para enfrentar aquellas catástrofes. Como hombres ciegos íbamos abriéndonos camino entre estas búsquedas, expuestos a todas las tentaciones con las que por entonces el espíritu se engañaba a sí mismo.

No es fácil distinguir entre realidad e ilusión, especialmente cuando uno vive en un tiempo que se caracteriza por las grandes convulsiones que se iniciaron hace dos siglos en una península pequeña del continente euroasiático, que terminaron por imponer en todo el planeta, y en cada uno de sus habitantes, la adoración continua por la ciencia y la tecnología. Tampoco era fácil soportar las innumerables tentaciones intelectuales que nos asaltaban en aquellas regiones europeas, donde ideas abyectas de dominación sobre los hombres, similares a las de dominio sobre la naturaleza, condujeron a paroxismos de guerra y revolución, subyugando a millones de seres humanos y destruyéndolos física y espiritualmente. No obstante nuestro mayor legado no fue la aceptación de aquellas ideas, con las que entramos en contacto en forma tangible, sino el respeto y la gratitud hacia aquello que preserva a las personas de la aniquilación interna y de la tiranía. Precisamente por eso algunas formas de vida e instituciones fueron blanco de la furia de las fuerzas del mal, que intentaron quebrar los lazos orgánicos existentes entre las personas, mantenidos por la familia, la religión, la vecindad y la herencia común. En otras palabras, me refiero a esta desordenada e ilógica humanidad, algunas veces catalogada de ridícula debido a sus inclinaciones religiosas y a sus lealtades. En varios países, los vínculos de *civitas* fueron sometidos gradualmente a una erosión, al tiempo que se desheredaba a los habitantes de sus más profundas tradiciones. No sucedió lo mismo, sin embargo, en aquellas áreas en que súbitamente como producto de una situación de grave peligro, el significado protector de estos vínculos se reveló por sí solo. Este fue el caso de mi tierra natal. Y no sería apropiado en este lugar dejar

de mencionar las ofrendas que mis amigos y yo recibimos en *nuestra Europa*, y al pronunciarlas entonar un canto de alabanza.

Es extraordinario haber nacido en un pequeño país en el cual la naturaleza se mostraba a escala humana y donde diversas lenguas y religiones habían cohabitado por centurias. Tengo en mi memoria a Lituania, un país de maravillosos mitos y de poesía. Mi familia, durante el siglo XVI hablaba polaco lo mismo que muchos hogares en Finlandia se comunicaban en sueco, y en Irlanda en inglés; soy por tal motivo un poeta polaco y no lituano. Sin embargo los paisajes y también el espíritu de Lituania jamás me han abandonado. Es grandioso escuchar durante la infancia las palabras de la liturgia latina, traducir a Ovidio en la escuela y recibir una buena preparación de acuerdo con el dogma y la apologética católica. Siento como una bendición la opción que me brindó el destino de realizar mis estudios escolares y universitarios en una ciudad como Vilno. Una rara ciudad de arquitectura barroca, transplantada a los bosques nórdicos, con su historia grabada en cada una de sus piedras, y que posee cuarenta iglesias católicas así como numerosas sinagogas. En aquellos días los judíos la llamaban la Jerusalén del Norte. Sólo cuando comencé a dictar clases en los Estados Unidos, entendí hasta dónde me hallaba absorbido por las enseñanzas de nuestra antigua universidad, por los preceptos del Derecho Romano aprendidos de memoria, y la historia y la literatura de la vieja Polonia, que mucho sorprendía a los jóvenes norteamericanos, a causa de sus motivaciones específicas: Una anarquía indulgente, un orgánico sentido social, un humor reconciliador y una desconfianza absoluta hacia el poder central.

Un poeta crecido en este espacio, tal vez debiera buscar la realidad mediante la contemplación. La vida monacal tendría que ser su destino, distante del hostigamiento y de las persistentes demandas de sus semejantes, en el silencio de una celda y atento solamente al sonido de las campa-

nas. Si algún libro estuviera en su mesa de trabajo, habría sido aquel que tratara sobre la cualidad inaccesible de lo relativo a la divinidad, es decir sobre el *esse*. Pero de pronto, sin poder evitarlo, todo esto le es raptado por los acontecimientos demoníacos de la historia que siempre se apropia de los rasgos de una deidad sedienta de sangre. La Tierra, que el poeta observó durante su vuelo, grita en su abismo y no permite ser contemplada *desde las alturas*. Una contradicción insoluble surge entonces, terrible y real, que no ofrece paz al espíritu ni de día ni de noche; es aquella entre el ser y la acción, o en otro nivel, es la contradicción entre el arte y la solidaridad con cada uno de los seres humanos. La realidad clama por un nombre, quiere ser llamada, pero es intolerable, y si somos tomados por ella, si aparece demasiado próxima, la boca del poeta no es capaz siquiera de proferir la queja de Job: el arte prueba así que no puede equipararse a la acción. Sin embargo, asir la realidad de un modo que resulte preservada del bien y del mal, de la desesperación y de la esperanza, incluso en su conocida confusión, no es imposible, si logramos tomar distancia, si somos capaces de remontarnos *sobre* ella; pero esto deriva entonces en una traición moral.

Aquella era la contradicción que permanecía latente en el corazón de todos los conflictos engendrados por el siglo XX, descubiertos por los poetas de una Tierra contaminada por el crimen y el genocidio. ¿Y ahora qué piensa quien como tantos otros escribió cierto número de poemas, que han reposado en la memoria como un verdadero testimonio de esos años? Piensa que esos poemas nacieron de una desdichada contradicción, que hubiera sido preferible resolver incluso no habiéndolos escrito jamás.